

Ni Vizcarra ni Merino eran la solución para Perú

Andrea Hernández

“Ni Vizcarra ni Merino. Es hora de luchar por una Asamblea Constituyente. Nueva Constitución o nada”, rezaba una de las pancartas en las convulsionadas calles de Lima, Perú, la semana anterior.

El país sudamericano lleva varios años sumido en una crisis política en torno a los poderes del Estado y sus fuerzas políticas. Una crisis que se intensificó en las últimas semanas a raíz de la destitución del presidente Martín Vizcarra por parte del Congreso de la República, siendo sustituido por Manuel Merino, hasta entonces el Presidente de dicho organismo.

Para muchos peruanos, ninguno de los dos políticos representaba la solución en torno a la confrontación entre coaliciones políticas que han estado en permanente tensión desde la época del fujimorismo.

Por un lado, grupos que pretenden obtener simpatías de cara a las elecciones presidenciales de 2021, enarbolando una lucha contra la corrupción que no termina de ser creíble para la ciudadanía y, por otro lado, un Presidente sin partido político, con escasos aliados y endebles esfuerzos por lograr negociaciones exitosas.

Martín Vizcarra, cuyo mandato duró del 23 de marzo de 2018 al 9 de noviembre pasado, ascendió al poder tras la destitución de Pedro Kuczynski, de quien había sido hasta entonces su Vicepresidente.

A pesar de la fuerte oposición que tuvo dentro del Congreso y una serie de bloqueos hacia sus decisiones, Vizcarra mantuvo amplia aceptación de la ciudadanía, alcanzando niveles de popularidad del 82%, incluso cuando anunció la disolución del Congreso en septiembre de 2019, llegando a un 87% durante los primeros meses de gestión de la pandemia provocada por el coronavirus.

No obstante, no le fue suficiente para mantenerse en el cargo pues las acusaciones de corrupción en su contra motivaron un juicio político en el Congreso, el cual culminó con 105 votos a favor de su vacancia, bajo el argumento de incapacidad moral permanente.

Por su parte, Manuel Merino cuyo mandato fue del 10 al 15 de noviembre de 2020, provino de un Congreso desgastado, con mínima aceptación de la ciudadanía, conformado por diputados “inexpertos” pero con intereses muy particulares. Merino fue expuesto como el ejemplo de la política que los peruanos quieren desterrar del país y que además tuvo una pésima gestión de las protestas de descontento en contra suya y del Organismo Legislativo.

Las manifestaciones, llenas de abuso de autoridad por parte de las fuerzas policiales, mostraron el descontento ciudadano, el hartazgo político y el anhelo de una Asamblea Nacional Constituyente que traiga consigo una nueva y estable Nación, que en los últimos tres años ha tenido cuatro Presidentes, dos Congresos y una pandemia con efectos devastadores.

Ahora el balón está en la cancha de Francisco Sagasti, Presidente designado y a quien le espera una tarea ardua y difícil, y que en casi ocho meses de gestión deberá preparar la plataforma política, económica y social con la cual se pueda iniciar para Perú una nueva senda para la gobernabilidad.

Sagasti tiene, además, como principales fiscalizadores de su actuar a la denominada “generación del bicentenario”, constituida por jóvenes que esperan una gestión que vaya más allá de la política tradicional y se enfoque, entre otros aspectos, en la convocatoria a una nueva Asamblea Nacional Constituyente.

Las expectativas sobre el país incaico están ahí, con la esperanza en que la “rotación” de Presidentes no se convierta en la regla a seguir en este convulsionado y devastado país.